

RESEÑA DE / REVIEW OF: José Fenoll Cascales y Jesús Robles Moreno (Eds.), *Las necrópolis ibéricas del sudeste*, Editum, Ediciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 2024, 398 pp. ISBN: 978-84-10172-18-0.

Jaume Noguera Guillén

Universitat de Barcelona
jaumenoguerag@gmail.com
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-5698-3606>

Estamos ante una recopilación de estudios dedicados a las necrópolis ibéricas del sudeste peninsular, un territorio con una importante concentración de áreas funerarias, muchas excavadas hace ya muchos años, y, algunas de ellas, durante la primera mitad del siglo XX. Se trata de un conjunto de necrópolis que destaca por su relativa abundancia, por la presencia de ricos ajuares y por presentar una arquitectura y escultura plenamente desarrolladas. La estructura y complejidad de los cementerios ibéricos del sudeste contrastan vivamente con las necrópolis de otros territorios ibéricos, especialmente con los sencillos enterramientos del nordeste peninsular.

En esta reseña inicialmente se describen brevemente los objetivos y resultados más destacados de los diferentes trabajos, en ocasiones añadiendo algún comentario o reflexión. Finalmente se presenta un análisis más general de la publicación, en relación con la estructura de la obra, temas tratados u otros omitidos.

El libro se inicia con un prólogo de los editores, y le siguen 18 contribuciones que se distribuyen en cuatro apartados, divididos *grosso modo* en estudios dedicados a la cerámica, a la arquitectura y escultura, a los ritos funerarios y armas, y, finalmente, a la historiografía y nuevas perspectivas de estudio. Cada capítulo ha sido redactado por reputados especialistas en la materia, lo que asegura la calidad de las aportaciones. En ocasiones, se trata de responsables científicos de las intervenciones arqueológicas, o bien son investigadores que han realizado importantes estudios de síntesis o revisiones de conjuntos arqueológicos.

El primer bloque está dedicado al estudio de determinadas urnas cinerarias cerámicas o vasos de acompañamiento, o a sus decoraciones. En primer lugar, el estudio de Virginia Page sobre un *skiphos* ático de figuras rojas, procedente de la necrópolis de Castillejo de los Baños (Murcia), permite a la autora realizar una breve síntesis sobre la distribución peninsular de vasos decorados por el Pintor de Marlay. Propone una distribución desde la colonia griega de *Emporion* y su probable relación con el ritual del simposio, actividad que justificaría su presencia en alguna de las necrópolis del sudeste, e incluso en santuarios de la zona de Extremadura entre el siglo V y la primera mitad del IV a. C.

El estudio de Carlos García sobre las urnas de orejetas de la necrópolis de Los Nietos (Cartagena) presenta un conjunto de urnas de cierre hermético muy homogéneo, tanto desde el punto de vista formal como cronológico, de segunda mitad del siglo V o inicios del IV a. C., lo que las equipara con las numerosas necrópolis del norte de Castellón y sur de Tarragona. Sorprende la escasez de urnas de este tipo en el conjunto de las necrópolis murcianas, que creemos que no se justifica únicamente por cuestiones cronológicas.

El trabajo de Miguel F. Pérez aporta una nueva perspectiva de estudio sobre la urna cineraria de la tumba 75 de la necrópolis de El Cigarralejo (Murcia), rebajando su datación al siglo III a. C. Analiza el numeroso ajuar y los objetos de importación (vajilla de barniz negro, vidrio, etc.), elementos que han llevado a considerarla la tumba de una persona (¿mujer?) importante. A partir del análisis formal y decorativo de la urna, propone que se trata de una importación de la zona de Albacete-Valencia, dada su similitud con las cerámicas del poblado de El Amarejo. Ciertamente, como indica el mismo autor, el estudio de los flujos comerciales y de intercambio entre los diferentes territorios ibéricos es un fenómeno complejo. Por ello, me pregunto si en un futuro sería aconsejable completar estos estudios con análisis arqueométricos para ayudar a caracterizar determinadas producciones cerámicas.

La cuarta aportación de este primer bloque es obra de José Fenoll. Analiza las representaciones de lobos (*carnassiers*) pintados sobre dos *kalathoi* y dos *oinochoi* de finales del siglo III a. C. de la necrópolis del Cabecico del Tesoro (Murcia). Después de un exhaustivo estudio, concluye que se trata de vasos por “encargo” destinados a un uso exclusivamente funerario. El autor plantea que en esta necrópolis la función funeraria y su decoración

con lobos es un caso excepcional, y, en cierta manera, precursor de la difusión de la imagen del *carnassier* en la iconografía ibérica posterior.

Las seis aportaciones del segundo bloque se dedican a estudios específicos sobre la arquitectura y la escultura ibéricas. Carmen Aranegui propone una interesante interpretación de los hallazgos funerarios aislados en el siglo VI a. C. como elementos legitimadores y de apropiación simbólica del territorio por parte de una comunidad en un momento de movimientos de población y de reestructuración de los contactos coloniales. Se trata de una hipótesis muy sugerente, pero, como recuerda la misma autora, aún carece de suficiente documentación y los casos son muy dispares y heterogéneos. Desde mi modesto punto de vista, quizás cabría dudar de la relación directa del fenómeno con los cambios en la dinámica colonial.

Rubí Sanz y Teresa Chapa analizan una escultura hallada a finales del siglo XIX en la necrópolis de El Llano de la Consolación (Albacete), la Dama sedente. Después de un detallado estudio historiográfico y de su análisis iconográfico, plantean que se trata de una pieza de encargo, un proyecto escultórico erigido junto a una tumba o monumento funerario, destinado al recuerdo de un personaje destacado de la comunidad, quizás vinculado al origen de un linaje familiar.

El estudio de Isabel Izquierdo es un análisis actualizado de los pilares-estela documentados en el territorio valenciano, y que, además, complementa con documentación reciente. La falta de contexto arqueológico de estas esculturas, y, por tanto, de datación estratigráfica, está en relación con su ubicación preferente en lugares destacados en el paisaje y junto a vías de comunicación, y, por tanto, bien visibles y con una función de hitos territoriales y de dominio simbólico. Se trata de un fenómeno que se fecha entre los siglos V y III a. C., con un especial auge durante el IV a. C., y que coincide con las dinámicas de poder de las aristocracias ibéricas, y que, en el caso del sudeste peninsular, disponen de un acceso preferente a talleres y escultores que satisfacían sus demandas.

La cuarta aportación de este segundo bloque, obra de Martín Almagro-Gorbea, es una interesante reflexión sobre las connotaciones mágicas de la escultura ibérica. Interpreta este mundo simbólico mediante su comparación con la mitología, la escultura y la arquitectura funeraria del Mediterráneo oriental, con abundante bibliografía. Propone que este imaginario trascendió en la memoria colectiva ibérica años después del colapso de las estructuras funerarias, como prueba su reutilización mediante el tallado de cubetas con canalillos en algunos sillares. Este labrado en la piedra supuestamente perpetuaba el carácter mágico y el poder reflejado en estas construcciones, aunque esta reutilización posterior sea de difícil datación.

La perpetuación de la memoria y de la ritualidad en los monumentos funerarios ibéricos también forma parte del trabajo de Jesús Robles, centrado en este caso en la reutilización, dos siglos después, de un fragmento del remate de un sillar arquitectónico en la necrópolis de El Cigarralejo (Murcia). Se trata de una voluta de gola que se data tipológicamente en el siglo IV a. C., y sitúa su fabricación en un taller del sudeste peninsular. Como el propio autor indica, más problemático resulta su supuesto “recorte” intencional y su conservación como reliquia durante más de 200 años, para acabar reutilizada en un monumento funerario posterior. En cualquier caso, esta duda no se opone a la interpretación de esta pieza como elemento simbólico reaprovechado, ubicada además en una posición en la que se buscaba su visibilidad.

La última aportación de este segundo bloque es obra de Carlos Espí, que analiza estilísticamente la presencia de esculturas de bóvidos en las necrópolis del sudeste peninsular. Más allá de la comparación con la iconografía griega, una cuestión difícil y problemática, como recuerda el mismo autor, estamos de acuerdo con su propuesta de una datación del siglo IV a. C. para la mayor parte de los ejemplares conocidos. Especialmente interesante es su hipótesis sobre considerar estos toros ibéricos como la representación de animales destinados al sacrificio, puesto que algunos están echados sobre el suelo o están mitrados.

El tercer apartado incluye tres estudios de carácter más heterogéneo. El primero es un trabajo de M.^a Eulàlia Subirà centrado en los siempre complejos análisis antropológicos en el ritual de cremación, en este caso sobre los restos humanos de 74 tumbas de la necrópolis del poblado de Coimbra del Barranco Ancho (Murcia). Expone la metodología utilizada para determinar sexo, edad, patologías o temperatura de cremación, y sus resultados, siempre sin apriorismos. Dejando de lado la dificultad de precisar sexo y edad de los individuos, también expone que la diversidad de factores identificados, como por ejemplo el tamaño y la fragmentación de los huesos, o la presencia de enterramientos dobles, no obedece a pautas concretas identificables durante la cremación de los cadáveres o en su deposición posterior.

El trabajo de Fernando Quesada retoma el estudio sobre la presencia de armas entre los ajueres funerarios ibéricos, y especialmente su significado en las tumbas femeninas. A partir de un análisis crítico de la identificación del género en las sepulturas, concluye que en ocasiones se ha producido un cierto sesgo que ha aumentado artificialmente el número de enterramientos femeninos. En cualquier caso, confirma la presencia ocasional de armas

en tumbas de mujeres, y plantea que, entre otras propuestas, se podrían interpretar estos objetos como marcadores de estatus o rango, aspecto independiente del sexo, y no como la existencia de mujeres-guerreras, relato que por otra parte no aparece mencionado en las fuentes escritas.

La última aportación de este bloque es la de Emiliano Hernández. Dedicada a las espuelas de caballería rígidas, en su mayoría del siglo IV a. C., se trata de un objeto de prestigio poco frecuente en las sepulturas ibéricas, pero que aparece siempre vinculado a ajuares con armamento. Seguramente son tumbas pertenecientes a individuos de elevado rango económico y social, en su mayoría hombres, pero también mujeres, cosa que confirma la hipótesis de que estamos ante un indicador de prestigio de la aristocracia ibérica.

El último de los bloques está formado por cinco aportaciones dedicadas a estudios historiográficos y a la revisión de la documentación de algunas necrópolis excavadas antiguamente.

M.^a del Carmen Valenciano plantea la revisión de la necrópolis de El Llano de la Consolación (Albacete). En primer lugar, desde una perspectiva historiográfica, para después plantear una nueva aproximación a partir del análisis de modelos digitales del terreno obtenidos mediante datos LiDAR disponibles en el PNOA. El objetivo era hallar nuevos enterramientos e intentar localizar el hábitat correspondiente, hipotéticamente situado en una elevación próxima. A pesar de que no se obtuvieron indicios significativos, creemos que se trata de una propuesta que puede dar buenos resultados en un futuro inmediato, puesto que la resolución de los datos LiDAR disponibles se ha multiplicado por diez entre la primera adquisición de datos utilizada en 2009-2010, y la densidad disponible actualmente, de 5 puntos por m².

La segunda aportación, de Juan Blánquez, es una revisión historiográfica de las diferentes etapas de la investigación realizada sobre las necrópolis ibéricas de la Contestania occidental, cuyo protagonismo y empuje principal ha venido de la mano del Museo de Albacete. Finalmente incorpora una reflexión sobre la relación existente entre las vías de comunicación y las necrópolis del sudeste de la meseta, límite occidental de la Contestania, y sobre los marcadores o fósiles directores que permitirían establecer los límites entre los diferentes territorios ibéricos.

El trabajo de Enric Verdú revisa las necrópolis de El Molar y L'Albufereta, en Alicante, las dos excavadas en las décadas iniciales del siglo XX. Por ello, la documentación arqueológica recuperada en ambas necrópolis adolece de los tradicionales problemas: metodología deficiente, registro parcial, reconstrucciones incorrectas, predilección por los objetos muebles destacables, etc. A pesar de ello, los nuevos descubrimientos realizados en estas o en otras necrópolis, junto con el progreso general de la investigación, han permitido estudiar sus materiales desde nuevas perspectivas y reconstruir parcialmente la documentación y los rituales funerarios.

Raimon Graells, Alberto Lorrio, Pablo Camacho, Eduardo López, Patxuka de Miguel e Ignacio Montero presentan una revisión historiográfica y de la ubicación de la necrópolis de El Molar (Alicante), y también un reestudio de los materiales muebles más destacados. El resultado permite proponer el inicio de los primeros enterramientos a mediados del siglo VI a. C. por la presencia de un fragmento de bronce de un asa de olpe rodio, coincidiendo con la fundación del asentamiento de El Oral, y, por lo tanto, con un cambio importante en la dinámica poblacional.

Por último, el trabajo de Rosa M.^a Gualda aporta una perspectiva historiográfica sobre los diferentes estudios de género realizados sobre la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho, gracias a una documentación analizada exhaustivamente. Añade una aportación sobre la presencia de armas en tumbas femeninas, llegando a la misma conclusión que el trabajo de F. Quesada mencionado anteriormente: las mujeres eran propietarias de estas armas como símbolo de estatus, pero no como guerreras, una hipótesis que no se ve reflejada ni en las fuentes escritas ni en la iconografía.

Hasta aquí los comentarios, necesariamente breves, sobre las diferentes aportaciones. En cuanto al libro, cabe destacar que ha sido editado por dos jóvenes investigadores, José Fenoll, investigador predoctoral, y Jesús Robles, recién doctorado en 2024, ambos especializados en el mundo funerario ibérico y con una prometedora trayectoria académica.

Como los mismos editores indican en el prólogo, desde el I Congreso de Arqueología Ibérica celebrado en Madrid en 1991, dedicado a las necrópolis, no se ha intentado realizar otra síntesis sobre el tema. En el libro que nos ocupa, el esfuerzo ha quedado circunscrito a las necrópolis del sudeste peninsular, restricción justificada en el prólogo por la limitada extensión de la monografía. En un futuro, esperemos más próximo que lejano, la calidad investigadora de los editores podría permitir la elaboración de una nueva síntesis, esta vez sí, a escala peninsular.

Entre los diferentes temas tratados, estructurados en los cuatro bloques descritos, quizás se podría haber incluido un apartado dedicado a los nuevos avances tecnológicos que están mejorando la calidad del registro y la aportación de nuevos datos, máxime cuando los mismos editores constatan en el prólogo esta revolución metodológica. Más allá del trabajo con datos LiDAR en El Llano de la Consolación, no se menciona el potencial de las prospecciones geofísicas, del uso de tomografías computarizadas en el estudio de las urnas de cremación, o de los

análisis arqueométricos para determinar la composición y procedencia de determinadas producciones cerámicas, entre otras muchas aproximaciones metodológicas.

Por otra parte, los diferentes autores parecen haber dispuesto de total autonomía para decidir los temas a tratar, de manera que, en general, estamos ante una recopilación de estudios específicos centrados en problemáticas particulares de gran interés, pero, en cambio, se echan en falta aproximaciones generales, de síntesis. En este sentido, quizás se podría haber incorporado un trabajo de contextualización de las necrópolis del sudeste con el resto de áreas funerarias peninsulares, que podría haberse añadido dentro de unas conclusiones finales. Dicho lo cual, es evidente que la calidad de los autores que firman las diferentes aportaciones y la especificidad de sus aproximaciones tiene como resultado un conjunto de trabajos que actualiza, ordena y critica la documentación arqueológica, ofreciendo nuevas hipótesis de trabajo, pero también nuevas problemáticas e interrogantes. Por ello, este libro será un instrumento de trabajo fundamental para la continuación de la investigación de las necrópolis del sudeste peninsular.

Para finalizar, quiero sumarme al merecido reconocimiento del Dr. José Miguel García Cano, a quien se rinde homenaje en esta publicación, una personalidad que ha liderado la investigación de diversas necrópolis murcianas, y que es un referente en el estudio del mundo funerario ibérico.